

fundamento del mismo. El capítulo dedicado a la creación termina, incluso, con este bello himno: «En Dios está toda la riqueza de la identidad, de la realidad, del goce y del bien. Sea por siempre bendito. Bendita su inteligencia, su voluntad, su eternidad, pero bendita por encima de todo su identidad inefable, gloriosa e inconcebible que será, sin embargo, experimentada por nosotros según la voluntad de Dios. Amén» (pág. 164).

Quizás se podría replicar a la novedad que representa este libro, igual que a los dos volúmenes anteriores de *Emmanuel*, que en este camino inédito del pensamiento cristiano, abierto e iniciado por el profesor Segura, no queda distinguido con precisión el orden natural del sobrenatural, la razón de la fe, y, en último término, la filosofía de la teología. Sin embargo, no parece que de momento se pueda juzgar con perspectiva adecuada esta aparente dificultad de la filosofía de Segura; pero, para ello, deberá tenerse muy presente su finalidad última: «animar a los que luchan, a los dispersos, a los perseguidos, a los que están a punto de doblarse (...) abrir las puertas a la conversión, a los que están hartos de conceptos vacuos, de idealismos, de materialismos, de utilitarismos y de vitalismos que acaben en la muerte. En definitiva, mostrar la apasionante aventura de lo que es ser cristiano en el mundo de hoy, de lo que es ser filósofo cristiano en el mundo de hoy» (pág. 27).

Ante una confesión de pensamiento propio y de fe vivida y sentida, tan sincera y valiente, en que consiste esencialmente *Pequeño Emmanuel, Memoria de Dios*, creo que cualquier lector de la obra, después de haberse beneficiado con su lectura, pues gracias a ello como mínimo habrá palpado el fondo de las cosas, también confidencialmente podría pedirle a su autor que continúe. Debería hacerlo, muchos se lo agradeceremos y Dios, seguro, que se lo pagará.

EUDALDO FORMENT.

Havers, Guillermo María y otros: TESTIGOS DE CRISTO EN JALISCO (*)

Acaba de aparecer en Méjico un hermoso libro que recuerda el heroísmo de los católicos de Jalisco cuando la persecución mejicana. Mártires sacerdotes y seglares muertos por la furia satánica que se desató durante la Revolución de Méjico. Y algunos

(*) Ediciones Promesa, S. A., México, 1988, 166 págs.

de ellos en medio de una crueldad inenarrable. Pero su gesta martirial es hoy su gloria y la vergüenza de sus enemigos, que eran los de Dios.

Siempre será poco lo que se diga respecto a la sublevación cristera que escribió bellísimas páginas eclesiales. El libro que ahora comentamos, en diecisiete semblanzas de sacerdotes asesinados y en las de diez seglares que también dieron su vida por la causa de Dios, cumple perfectamente una doble misión. Evocar piadosamente la memoria de los mártires y presentarnoslos como modelos eclesiales para nuestro provecho espiritual y nuestro ejemplo ante la vida. Si nuestros mayores fueron capaces de llegar a esos extremos de heroísmo, ¿cuál será la culpa por nuestra debilidad de hoy!

Mil hermosos momentos podría traer a estas páginas tomados del libro que comento. Me limitaré solo a uno. Iban a ser fusilados cuatro ejemplares católicos. Uno de ellos era una personalidad del catolicismo mejicano: Anacleto González Flores. Un seglar de treinta y nueve años de edad. Los otros, también seglares, eran mucho más jóvenes. Dos tenían veintiocho años y el cuarto, veintidós. Ante el supremo momento uno de ellos quiso confesarse. Y González Flores le respondió: «No, hermano, ya no es hora de confesarse, sino de pedir perdón y perdonar. Es un Padre y no un Juez el que te espera. Tu misma sangre te purificará». Y aquel joven se arrodilló y comenzó a orar. La descarga que le quitó la vida le halló absorto, ajeno a todo lo que en este mundo pasaba, hablando con ese Dios a quien tan pronto iba a encontrar.

Una vez más hay que felicitar a los católicos mejicanos por el espíritu que están demostrando ante una situación política hostil como la que hoy viven. Ya quisiéramos en España —y nuestros amigos de *Hispania martir* son evidentemente una excepción— que se honrara la memoria de los mártires como en Méjico. Allí se hace verdad lo de que su sangre ha sido semilla de nuevos y excelentes cristianos. Démosles la enhorabuena y aprendamos nosotros de ellos, pues nuestros padres y los suyos dieron al mundo católico la misma hermosísima lección de fe, de entrega y de sangre.

Francisco José FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA